

CARLOS M. RAMA

ELEMENTOS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS MIGRACIONES:  
EL CASO DE LOS EUROPEOS EN AMERICA LATINA

A OS GALEGOS, MIÑA GENTE

I

El 1974 las Naciones Unidas han decidido declarar el *Año de la Población*, y se anuncian importantes reuniones científicas, en las cuales inevitablemente deberá considerarse el tema de las migraciones internacionales. En primer término de las europeas, sobre cuya significación tal vez los mismos europeos no tienen una conciencia debidamente clara, que les permita considerar su auténtica dimensión en el pasado, y hasta en el presente. Ello puede deberse a que los temas de la migración, como en general los referentes a la población, aparecen considerados, casi exclusivamente, bajo el ángulo estadístico de la Demografía, sin ser debidamente conceptualizados a través de la Sociología.

También que, asunto de las clases bajas, saga de parias y miserables o rebeldes, no tiene el puesto que le corresponde en la Historia oficial o académica, aunque en estos tiempos lo reivindica la Historia social de los autores más noveles.

Acotemos que debe distinguirse entre colonización oficial, en el seno de los imperios ultramarinos y los movimientos espontáneos, es decir, no encuadrados en una política estatal interna.

Los casos de Canadá y Cuba-Puerto Rico (hasta 1898) tienen en América un carácter mixto, participando tanto de las migraciones como de la colonización sistemática de territorios dependientes.

En América ha sido posible más pronto reever el tema de las migraciones trasatlánticas, dándole las dimensiones adecuadas: en primer lugar porque es la clave para entender la vida histórico-social de países enteros.

«Somos todos hijos de revolucionarios e inmigrantes», decía el presidente John Kennedy, y también de los Estados Unidos, el profesor Oscar Handlin confesaba:

«En una época pensaba escribir una historia de la emigración en América (del Norte), pero pronto descubrí que la emigración era ella misma la historia de América»<sup>1</sup>

También Handlin apunta otra significativa explicación. Mientras el proceso migratorio se sentía directamente, se vivía en forma cotidiana, y hasta conflictiva, era difícil si no imposible encarar en forma objetiva la consideración conceptualizada de los temas vinculados a la migración, incluso bajo el ángulo histórico.

Desde 1913 en las migraciones de los europeos predominan numéricamente las de destino continental, pasando a segundo plano los movimientos trasatlánticos, en particular a tierras americanas. A partir de 1929 se inicia en todas las Américas una legislación restrictiva, que nunca se ha derogado completamente. El tiempo de la gran inmigración para países como Estados Unidos, Canadá, zona del Caribe, Argentina, Brasil y Uruguay (para sólo citar a los más importantes) parece haber pasado, o por lo menos haberse suspendido por mucho tiempo. En esos países ahora son presidentes los hijos de inmigrantes irlandeses, franceses, vascos, italianos, alemanes, y en todos los niveles se impone una reflexión sobre las raíces de sus respectivas progenies.

«Ahora — dice Handlin — que el movimiento migratorio ha terminado, *el hijo puede referirse al padre...* comprender cuan amarga ha sido la lucha de sus padres por conquistar una dignidad y un significado humano»<sup>2</sup>.

Si los *hijos pueden referirse al padre*, ¿por qué no lo harán los hermanos, y todos los que integran la progenie originaria esparcida a lo largo y ancho de Europa?

Las páginas que siguen si bien no pueden agotar tema tan vasto, exponen algunas hipótesis, y marcan ciertos derroteros de investigación a nuestro juicio dignos de tenerse en cuenta.

Algunas cifras e informaciones precisan la dimensión cuantitativa del

1. *Gli sradicati*, Milán, Comunità, 1958, pág. 27 (trad. de *The uprooted*, Boston, Little Brown, 1953).

2. Ob. cit., págs. 425 y 427. El subrayado es nuestro.

fenómeno social migratorio, y más específicamente del que vincula Europa con América Latina.

Las estadísticas antiguas, como es presumible, no son muy de fiar. Para Italia es sabido que antes de 1876, según Leone Carpi, contamos solamente con las recopiladas por iniciativa de ese estudioso, y será después de esa fecha que nos podemos basar en la estadística oficial dirigida por Luigi Bodio.

Explicablemente peor son todavía las estadísticas locales de los países latinoamericanos en el siglo XIX, y a nadie deben extrañar grandes diferencias o discrepancias entre las diversas fuentes.

Los Woytinsky dan las siguientes cifras globales para el período 1821-1932<sup>3</sup>:

*Emigración trasatlántica (en miles)*

Gran Bretaña	31:696
Italia	18:003
Austro-Hungría	5:196
Alemania	4:886
España	4:653
Rusia (a 1924)	2:253
Portugal	1:805
Suecia	1:203
Francia	819

*Inmigración en América (en miles)*

USA	34:244
Argentina	6:405
Canadá	5:226
Brasil	4:431
West Indias	1:587
Cuba	857
Uruguay	713

*Inmigración fuera de América (en miles)*

Australia	2:913
Sud Africa	852

3. *World population and production*, Nueva York, Twentieth Century Fund, 1953, pág. 74. Véase asimismo Taft-Robbins, *International migrations*, Nueva York, Ronald Press, 1955, que aporta valiosa bibliografía, pero que en págs. 37-39, para

Con las reservas anotadas consideremos la significación de un movimiento humano que ha implicado el desplazamiento, en algo más de un siglo, de unos cincuenta y cuatro millones de europeos que, a los efectos de América Latina, se reducen a unos veinte millones de personas.

Esos veinte millones de hombres y mujeres, provenientes, por su orden (siempre para América Latina) de: Italia, España, Portugal, Alemania, Francia, los países del Imperio ruso y del austrohúngaro, se han dispersado por toda la región, aunque en un noventa por ciento han sido capitalizados socialmente por: Argentina, Brasil, Cuba y Uruguay (siempre por su orden)<sup>4</sup>.

Para tener un concepto claro de la significación social de la migración europea, recordemos que, como es usual en este tipo de movilidad, se trata por sus edades casi exclusivamente de jóvenes y adultos, y que para apreciar su actual significación implican con su descendencia unos 100:000.000 de latinoamericanos.

En una cifra igual (cien millones) entonces debe calibrarse «la poda» que sufrió el tronco vital europeo, en este caso, casi exclusivamente en sus países de lenguas latinas (Italia, España y Portugal).

Todas estas cifras cobran todavía mayor elocuencia en la medida que se comparan con los guarismos globales poblacionales por países latinoamericanos.

Los 713.000 o un millón de inmigrantes para el Uruguay son prácticamente el capital humano de los actuales tres millones de sus habitantes. Los seis millones y medio que Woytinsky da para Argentina adquieren significado si pensamos que hoy ese país tiene solamente 25:000.000 de habitantes. La misma consideración debiera hacerse con referencia a los países migrantes como Portugal, Italia y España, y posiblemente esto implicaría reescribir su Historia, e interpretar de manera diferente sus condiciones actuales en todos los planos.

---

el período 1882-1951, da cifras algo mayores sobre nuestro tema, aun aclarando que le es imposible computar la migración clandestina.

4. De acuerdo a las cifras de Woytinsky, ob. cit., que no tiene en cuenta los repatriados (es decir, los *retornos*), y los que se trasladan de un país a otro dentro de América, y menos la «migración golondrina» (es decir, que viajan anualmente de acuerdo con las necesidades de mano de obra para las cosechas entre Europa y América).

A la luz de esos fenómenos creemos (es una hipótesis) algo menor la cifra verdadera de Cuba (que por lo demás comprende en el siglo XIX a Puerto Rico) y también de Brasil y Argentina, y algo mayor la de Uruguay, según nuestras estimaciones un millón de personas, y también de los países menores de México a Chile.

## II

El mismo concepto de *emigrante* fue tardíamente definido por la legislación tanto de los países de emigración, como de los países de inmigración. Así por ejemplo el Uruguay, que tenía una importante Ley de Colonización del 4 de abril de 1889, y asimismo legisla sobre inmigración con fecha 12 de junio de 1890, ampliada en 1907, aparte de diversos decretos, llegaba a una definición tan imperfecta como «cualquier extranjero honesto y apto para el trabajo que llegue a la República en Segunda o Tercera Clase (de navío), con intención de establecer (en el Uruguay) su residencia» (sic).

La idea que el inmigrante debe tener condiciones de «moralidad», labortiosidad, salud y edad óptimas se conjugaba en los países latinoamericanos con la prohibición de ingreso (por lo menos en la mayoría), de ciertas nacionalidades como ser: africanos, asiáticos y gitanos.

Se concibe al inmigrante exclusivamente como un trabajador manual, mera mano de obra inferior. La estadística no incluye al pasajero de los navíos que viaja en Primera Clase, y que se residencia en el territorio americano, ni tampoco al que usando esa, o las clases inferiores, práctica una actividad intelectual (por ejemplo artista, periodista, militar profesional, etcétera). Tampoco los comerciantes.

Como los países latinoamericanos estaban interesados en aumentar, o mejorar, en primer término su agricultura, los reclutadores en los puertos europeos abultan las cifras de labradores, que — sin embargo — en su mayoría no son tales, o que siéndolo, no practicarán su oficio, y se instalarán en las ciudades americanas, especialmente para practicar el pequeño comercio y el artesanado.

Otras categorías laborales tienen una imprecisión igualmente henchida de ideología. Así por ejemplo se clasifica a los trabajadores por sus oficios, atendiendo al nivel de especialistas manuales (que eran máspreciados, pues los necesitaban urgentemente los países americanos), como son ebanistas, maestros albañiles, mecánicos, etc., pero en la práctica, ya sea por razones de edad, o por el escaso interés en dejar sus países de origen para ciertos maestros y oficiales, el nivel técnico auténtico es marcadamente inferior.

La Conferencia Internacional de Roma de 1924, por la iniciativa conjunta de las delegaciones de Italia, Francia y Argentina, propone la siguiente definición:

Es emigrante «todo ciudadano que se expatria por razones de trabajo o acompaña, o va a unirse con (familiares) ya emigrados o el emigrado que

retorna a la nueva condición en el país extranjero al que había antes emigrado... (inmigrante) es alguien extranjero que arriba a un país buscando trabajo y con la intención de establecerse en él presumiblemente en forma permanente»<sup>5</sup>.

Esta propuesta, si bien es cierto que es aprobada por 25 votos a favor y 12 abstenciones, merece observaciones, o puntualizaciones, de las delegaciones de Austria y Suiza, que entienden que debe aclararse que los migrantes pueden ser indistintamente manuales o intelectuales. En los hechos así ha sucedido, por ejemplo, para Uruguay en su «primera oleada» desde 1830 a 1842 con la inmigración italiana, como hemos destacado en un estudio reciente<sup>6</sup>, y debe ser el caso seguramente de ciudades como Santiago de Chile, Buenos Aires, o Río de Janeiro en el siglo XIX, y en el XX, de Caracas, Lima, La Habana y Ciudad México.

### III

Siendo el fenómeno migratorio uno de los hechos sociales que de una manera más íntima vinculan las sociedades europeas con las americanas, durante los siglos XIX y XX, como que se cumplen al margen de estrictos lazos políticos imperiales están presididas por el signo de la espontaneidad.

Esta situación merece reflexionarse por cuanto, tratándose de un movimiento humano de gran envergadura, mantenido durante más de un siglo, ni ha sido obra de los gobiernos de ambos lados del Atlántico ni tampoco, como veremos, su intervención ha sido decisiva.

Hay por una parte una presión expelente, o impulsora, que está conectada a problemas rigurosamente internos europeos que, en su casi totalidad, se clasifican por los gobiernos de la época en la categoría de «incontrolables».

Así las crisis económicas europeas, con su carácter cíclico, expulsan constantemente a los sectores pauperizados que, por razones elementales, encuentran en la migración la salvación de su misma existencia.

Puede tratarse de crisis agrícolas, los famosos casos de los años 1848/

5. *Conferenza internazionale dell'emigrazione, Roma, 15/31 maggio 1924*, Roma, Commissariato Generale dell'Emigrazione, 1925, t. II, pág. 321 y sigs.

6. En nuestro trabajo inédito *La emigración italiana en Uruguay*, preparado en el cuadro de los trabajos de la *Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales*, y en el grupo de trabajo *L'emigrazione italiana nell'ultimo secolo*, dirigido por el profesor Domenico Demarco de la Universidad de Napoli.

1849, o de 1878/93, de crisis financieras que arruinan sectores de la pequeña burguesía urbana, en los años 1880/90.

Procesos políticos internos, como la culminación de la Unificación en Italia y Alemania (1870-1871), o las guerras carlistas en España, implican asimismo una activación de la migración.

Los vencidos en los conflictos sociales, como en Francia en 1851 y 1871, proveen un contingente no despreciable de migrantes.

Al reiniciarse en Rusia en 1905 el ciclo de las revoluciones de Occidente, éstas sean en España (1936-1939), como en la misma Rusia (1905 y 1917), dejan una estela de vencidos que se salvan en la migración política. Las guerras europeas (y hasta las coloniales), cerraron la migración, sin perjuicio de transformar en migrantes a miles de desertores.

Cuando los conflictos bélicos dejan de tener un carácter regional o focalizado, para transformarse en guerras mundiales, entonces recién el corte de la corriente migratoria ha sido total, como se aprecia por dos veces en el siglo xx.

Los conflictos raciales europeos han contribuido asimismo a proveer de un cierto porcentaje de migrantes. Es el caso de los judíos askenazis en la zona rusa llegados a América a finales del siglo xix, como consecuencia de «progroms» en Polonia, Lituania, Ucrania y Bielorusia, y de los que rehacen ese camino en los años 30 del siglo actual al iniciarse el ascenso hitlerista.

La explosiva mezcla de una conflictividad religiosa, con factores políticos nacionales y hasta raciales, expulsó asimismo a América a buena parte de pueblos o comunidades débiles. Así los «valdenses» del Piamonte, los checos, los levantinos cristianos o los judíos sefarditas, los dálmatas, los alsacianos, los dubjovors rusos, los galeses, etc.

Es interesante igualmente destacar la gran importancia porcentual que en América Latina han tenido grupos en Europa minoritarios, como es el caso (para solamente citar a España) de gallegos, vascos, catalanes, distinguidos por una cultura regional local.

Las grandes cifras de migrantes, y más constantes en largos períodos, se vinculan a la estructura de la propiedad agraria en ciertas regiones, como es el caso del minifundio de la montaña vasca (de ambos lados del Pirineo), la zona cántabra (desde Galicia a Santander), el Apenino y el Mezzogiorno italianos, o la Auvergne francesa.

La existencia del mayorazgo en forma legal, o de costumbre, favorece la financiación del viaje de los hermanos menores de las familias de pequeños y medianos propietarios agrícolas.

A su vez las condiciones de los países americanos actúan como una

suerte de bomba aspirante, también de funcionamiento irregular y marginal a la acción pública de los gobiernos, atrayendo la inmigración en sus momentos de prosperidad y bonanza, y cerrándose en ocasión de sus guerras exteriores o civiles, o más todavía en sus tremendas crisis económicas.

Así la Guerra Grande del Plata (1842-1853) entre Argentina, Uruguay y finalmente Brasil; la Guerra del Paraguay, las guerras del Pacífico, no tanto la primera de Chile contra la Confederación Perúboliviana, o la que enfrenta a esos países con España, sino la que impulsa la expansión chilena en la zona salitrera del Norte Grande.

Menos estudiadas son las crisis económicas americanas, que en la mayoría de los casos se producen por contragolpe de las de los países europeos centrales, pero a las que no les faltan causales locales. Tenemos el caso de los Estados Unidos que se ha demostrado que con sus *depressiones* de los años 1860, 1890, 1917 y 1929, afectan desfavorablemente la curva estadística migratoria. Habría que estudiar país por país, y región por región, por la historia económica, el capítulo de las crisis, donde encontraríamos explicaciones semejantes.

Las peculiares condiciones del mercado laboral americano son asimismo decisivas. Así será necesario que comience a liquidarse la esclavitud en Brasil, entre 1850 y 1888, para que se establezca en ese país un lugar para la mano de obra libre asalariada. El caso es interesante porque coincide con una transformación tecnológica: la implantación del cultivo del café, que compite victoriosamente con el algodón y el azúcar como producto exportable. A finales del siglo XIX, y comienzos del XX, los conflictos laborales que en los países americanos estructuralmente más adelantados enfrentan proletarios y capitalistas, implican (por lo menos en la costa atlántica desde Río de Janeiro a Bahía Blanca) el surgimiento de la discriminación xenófoba, con el odio a «los rusos», o a «los gringos», y con más razón a los «agitadores extranjeros») y esos conflictos afectan el desarrollo del proceso migratorio, o por lo menos frenan el ingreso de ciudadanos de ciertos países.

Las estadísticas globales por país, o por zona, siguen entonces dos *lógicas* distintas, y no siempre paralelas, y los saldos positivos o negativos del punto de vista de la transferencia de poblaciones entre ambas márgenes del Atlántico, se cumplen por una suerte de superposición o coincidencia eventual de condiciones óptimas europeas y americanas en un plazo determinado. Cuando la migración alcanza sus guarismos más positivos en América, y no solamente en la del Norte, entre los años 1900 y 1916, es porque coinciden factores concomitantes favorables de Europa con los americanos.



#### IV

La acción gubernamental de ambos lados del Atlántico se ejerce con gran irregularidad, pero tiene consecuencias apreciables en las características que asume especialmente el caso de la colonización, en el seno del proceso migratorio internacional.

Así los gobiernos de los países latinoamericanos montan oficinas o centros reclutadores de colonos, en algunos puntos o ciudades de Europa, que estiman adecuados a sus fines.

Chile los tuvo para obtener colonos alemanes en la ciudad de Hamburgo, y sobre sus primeros pasos tenemos el testimonio de Vicente Pérez Rosales en sus *Recuerdos del pasado*, y a finales del siglo también Chile mantiene en París una «Agencia General de Colonización», pero con magros resultados<sup>7</sup>. En ciertos casos los gobiernos americanos respaldan a compañías de inversores privados, interesados en vender tierras, poblar con labradores ciertas zonas, creando *colonias* agrícolas, como es el caso en Argentina de la colonización chacarera de las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, o en Uruguay para la colonización suiza en el departamento de Colonia, y en Brasil diversas empresas similares primero de italianos y alemanes en los estados meridionales de Paraná, Santa Catarina y Río Grande do Sul; más recientemente utilizando japoneses.

Estas empresas se emprenden en los rigurosos términos del capitalismo, pagando un tanto por cabeza de colono, vendiendo tierras sin valor a precios de especulación y combinando los negocios inmobiliarios de la colonización con los del transporte, la provisión de implementos agrícolas, la venta a crédito de artículos para la edificación, la alimentación, etc.

Los gobiernos autorizan, reglamentan, y ante todo respaldan ese tipo de inversiones que jurídicamente no son distintos de las fábricas o comercios capitalistas privados.

Hay otras intervenciones estatales americanas en materia de migración, como resulta de una profusa legislación, no siempre llevada a la práctica, pero en principio se mantiene la privacidad del episodio.

Después de las grandes crisis económicas internacionales de 1929 los Estados Unidos, pero también los demás países de inmigración de cultura

7. Por ejemplo, para 1895 habían entrado en Chile solamente 1.402 inmigrantes, de los cuales 336 franceses, 269 ingleses, 248 alemanes, 233 españoles y 153 italianos, aparte de grupos menores, según Nicolás Vega, *La inmigración europea en Chile, 1882-1895*, París, 1896, pág. 124.

latina, expiden una rigurosa legislación restrictiva tendiente a preservar para los nacionales el monopolio del mercado de trabajo local.

Todavía menos frecuente es la intervención estatal europea.

Tenemos algunos casos, como la oposición de Inglaterra a la migración política solicitada y gestionada por Uruguay de demócratas franceses e italianos vencidos en 1848.

En la segunda mitad del siglo XIX, en la medida que algunos de estos países europeos constituyen imperios coloniales africanos y asiáticos sus gobiernos procurarán desviar la corriente migratoria a los territorios coloniales, alejándola de la vía trasatlántica hacia tierras americanas<sup>8</sup>.

La colaboración interestatal en materia de migraciones comienza paradójicamente cuando en los hechos declina el fenómeno migratorio.

En 1920 y en Italia se convoca una conferencia de «países migradores» que se cumple en Roma creando un «*Uffizio speciale di corrispondenza*» que prepara la posterior reunión ya citada de 1924 en la misma ciudad. En la primera de esas fechas, por su parte, la Argentina convoca en Buenos Aires una conferencia sudamericana para estudiar medidas «contra la inmigración no deseada» (sic).

Estados migradores y de inmigración, ya se habían encontrado en las primeras conferencias internacionales sobre cuestiones laborales organizadas por la entonces Sociedad de las Naciones, a través de la Organización Internacional del Trabajo (O.I.T.), pero la primera Conferencia Internacional de la Migración y de la Inmigración se cumple en el mes de mayo de 1924 en la ciudad de Roma, reuniéndose una masa interesante de informaciones más que de comunes resoluciones<sup>9</sup>.

Aparte de la labor informativa, estos contactos tienden a extender el control estatal en una zona social hasta entonces relativamente libre y espontánea, haciendo parte del auge autoritario de esos años.

\* \* \*

La migración europea con destino a los países latinoamericanos después de la Segunda Guerra Mundial, aunque superó ampliamente el precedente

8. «El Gobierno nacional, sin vetar completamente la emigración, provee a reducirla fuertemente, y favorece incluso el retorno de los emigrantes», dice de Italia el profesor Corrado Gini en la época fascista en el ensayo «Il problema demografico italiano e la politica mussoliniana della popolazione», incluido en el volumen *Lo stato mussoliniano e la realizzazioni del fascismo nella nazione*, Roma, «Rassegna italiana politica e literaria», 1930, II, numero speciale, pág. 270.

9. *Up supra* hemos citado los dos volúmenes de anales que llevan el título de la misma conferencia internacional, y a los cuales se refieren nuestras citas.

período de 1930-1945, no alcanzó los guarismos del siglo XIX y comienzos del XX.

En principio esto no dependió tanto de los países proveedores de los migrantes, sino de la falta de adecuados planes por parte de los países receptores, pues si se observan las estadísticas se puede apreciar que un alto número fue aprovechado por los países anglosajones de ultramar (Canadá, Australia, Nueva Zelandia).

De los treinta millones de europeos desplazados por la guerra se ocupó originariamente la UNRRA, y desde el 1 de julio de 1947 la O.I.R. (Organización Internacional para Refugiados).

La UNRRA en principio se ocupó de poblaciones desplazadas en Europa que volvieron a sus sedes originarias, o se reinstalaron en otras regiones, también europeas, pero la OIR encaminó alrededor de un millón de refugiados fuera de Europa, de los cuales solamente 99.497 a los países latinoamericanos (32.000 a Argentina, 22.000 a Brasil) en el período que se cierra con el año 1950.

En octubre de 1951 se celebró en Napoli, citado por la O.I.R., una conferencia a la que asisten 27 países de la que surgirá la C.I.M.E. (Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas), con misiones en Argentina, Brasil, Uruguay, Colombia, Panamá, Paraguay, Venezuela, Costa Rica y Chile solamente en América Latina.

Esta organización entre 1952 y 1959 trasladó a esos países un total de 245.000 inmigrantes, de los cuales cien mil a la Argentina, y el resto a Brasil, Uruguay, Colombia, Chile y Venezuela.

Con cantidades aún más pequeñas han colaborado en la inmigración de estos años los organismos privados (Comisión Católica Internacional de Migración, el Consejo Mundial de Iglesias y el United HIAS Service judío). Obviamente es al margen de estos organismos que se reinicia la migración de europeos de países que no han intervenido en la guerra como España y Portugal, que siguieron utilizando las formas privadas tradicionales.

Para los inmigrados del CIME, como para los provenientes de otros países, los gobiernos latinoamericanos derogaron parcialmente la legislación restrictiva de los años 30, aceptando el principio de «reunión en familias». Según las estadísticas de 1947 a 1957 emigran de Europa unos 7.002.000 de los cuales 1:757.000 lo hacen para América Latina. Se distinguen como grupos mayoritarios 1:467.100 italianos y 1:280.100 alemanes<sup>10</sup>.

10. *La inmigración en América Latina*, del S. J. Fernando Basto de Avila, Washington, Unión Panamericana, 1964. En la página 22 da la cifra contradictoria de 2.040.700 migrantes europeos para América Latina, de los cuales irían 1.500.000 para

Una observación. En este período son mayores los índices de reinmigración, y de traslados entre los propios países latinoamericanos, que en el siglo precedente. Así entre 1950 y 1956, y solamente considerando los inmigrantes italianos se observa un porcentaje de reinmigración en Argentina, Brasil y Uruguay del orden del 25 % promedio, no existiendo estadísticas sobre los cambios de país a país dentro de América Latina, pero fuentes locales llegan a estimar el índice correspondiente, en algunos casos, cercano al 60 % <sup>11</sup>.

Los gobiernos se encuentran en un congreso patrocinado por la UNESCO, y celebrado en La Habana en 1956, para considerar el tema de la asimilación cultural de los inmigrantes.

## V

No puede entenderse la migración europea a la América Latina en el siglo XIX, y comienzos del XX, omitiéndose algunos hechos fundamentales de la economía, cuya coincidencia, a su vez, en el plano social, tendría que ser considerada por los sociólogos.

Así que aquel período coincide, o se explica, por transcurrir en una etapa de ascenso de los precios de las materias primas, y en especial de los productos tropicales exportados por América Latina para el mercado europeo, lo que implica la constante ampliación de la superficie cultivada, la minería, la explotación agropecuaria, etc <sup>12</sup>.

La revolución industrial aplicada a la agricultura cerealera y a la minería implicó también una multiplicación colosal de la producción americana, valorizando inmensos territorios de las tierras templadas y nuevos productos de la minería.

Halperin Donghi ha destacado, con razón, cómo esos hechos provocan en América una suerte de desplazamiento de los centros más importantes, favoreciendo países como los del Plata, Venezuela, Chile, el sur del Brasil y Costa Rica.

---

Argentina, 300.000 para Brasil, 170.000 para Venezuela y 40.000 para Uruguay. En proporción al número total de habitantes de la época es a Argentina y Uruguay que corresponde la proporción por millar de personas más alta.

11. Véase *Post-war italian migration*, Gênevè, «Migration news», vol. 6, n.º 4, julio-agosto 1957.

12. Paul Bairoch, *El Tercer Mundo en la encrucijada*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, págs. 166-167, solamente considerando los productos tropicales (especies, tinturas, azúcar, cacao, té, frutas, caucho, agrios), prueba que crecieron en su producción para toda la zona durante el período 1898-1930 en un 200 %.

Todos estos cambios no adquirirían su total significado si no coincidieran con el descenso de los costos de los fletes, que se calcula que en el siglo XIX bajaron de diez a uno, facilitando la integración de un «mercado internacional» capitalista con centro en Europa industrial.

Finalmente la ecuación se completa por que los precios de los artículos manufacturados mantuvieron una tendencia a la baja, por el progreso técnico, la competencia de los nuevos países industriales y la baja de los fletes, considerada con relación a una moneda constante, o a los precios de las materias primas exportadas por América Latina.

Esta absorbe una cifra importantísima de capitales a tasas altas, pero como el endeudamiento coincide con los factores antecitados, y sobre todo con el crecimiento muy rápido de la población (por lo menos en los países de inmigración) termina solventándose con una proporción reducida de las exportaciones americanas, construyéndose así las necesarias obras de infraestructura.

Sabbatini ha destacado para Italia, pero podría servir de modelo para otros países de migrantes, la importancia que asumen dentro de la misma economía itálica, y en función de la migración en masa posterior a 1860 de sectores como la marina mercante, la banca y la creación de un nuevo mercado consumidor<sup>13</sup>.

Demás está consignar que, en estas condiciones, la absorción del mercado de trabajo americano es máximo, a pesar de catástrofes del tipo de las crisis (que no son muy prolongadas ni extendidas hasta 1929) y los negocios de la colonización, del transporte de inmigrantes, el flujo de rentas derivadas de la labor de los migrantes, son siempre rentables.

## VI

En el apartado primero hemos apuntado una elemental consideración cuantitativa, que explica preocupaciones metodológicas como las que motivan estas páginas, pero habría que estudiar concretamente caso a caso el aporte de la migración europea en todos los planos de la sociabilidad americana. Así esa oleada humana es decisiva para la creación de las clases sociales de las nuevas sociedades.

El primer proletariado industrial de Buenos Aires y Montevideo, por ejemplo, está constituido por inmigrantes y a través de ellos podemos re-

13. *Problemi dell'emigrazione italiana in America Latina, 1860-1914*, Firenze, C. N. R. (Centro di Ricerche per l'America Latina), s. f. (stencil).

construir los usos y costumbres del estrato social, sus organizaciones, y hasta su ideología.

Las ideas revolucionarias, o las nuevas formas de la religiosidad, el movimiento sindical, y la cultura de clase, se estudian siguiendo los primeros pasos de los trabajadores europeos llegados a tierras americanas. Más fácil, todavía, es apreciar las transformaciones y definitiva maduración del estrato superior de la sociedad.

Las noveles formas de riqueza (por ejemplo, transportes marítimos, cafetales, nueva minería, banca, industria) a cargo de «nuevas familias» de ricos, y su historia es un poco la del capitalismo local latinoamericano.

El pasaje, en todas partes, de la propiedad de la tierra de manos de las «viejas familias» coloniales a los «nuevos apellidos» (por ejemplo, en el sur los criadores ingleses de ovinos, y en el Caribe «el contrapunto del azúcar y del tabaco») da otra pista apasionante para establecer la anatomía de la nueva sociedad.

Si la Historia Social debe tener en cuenta, y en lugar principalísimo, la aportación de los inmigrantes, el estudio de la estratificación social contemporánea, de las formas de organización social, y de los comportamientos colectivos, tiene que considerar el mundo de los migrantes y sus descendientes, y más todavía su fusión con las capas sociales más antiguas, cuando se superan los *enclaves étnicos*<sup>14</sup>.

Cuando los «quistes raciales» subsisten, como es el caso de la colonización agrícola en el sur de Chile o Brasil, por ejemplo, con más facilidad estudiando esas minisociedades, mucho aprendemos sobre un sector determinado, sus relaciones con el resto de la sociedad, e inclusive con la respectiva nación europea originaria.

## VII

Uno de los aspectos más interesantes para las ciencias sociales del complejo de temas migratorios se refiere a la ideologización cumplida en América de las calidades óptimas de los migrantes, que llegan incluso al nivel del racismo.

Destaquemos para comenzar que los grandes orientadores liberales de la inmigración en América Latina en el siglo XIX, que siguen el «mot d'or-

14. Hemos iniciado al nivel de pequeñas ciudades del interior del Uruguay estudios de microsociografía, considerando las familias locales de origen inmigrante, labor tan inmensa como presumiblemente fecunda en resultados.

dre» de Juan Bautista Alberdi: *gobernar es poblar*, tienen ideas muy particulares sobre los pobladores más convenientes a sus respectivos países.

En primer término coinciden en la consideración que las razas o pueblos originales americanos (es decir las poblaciones indígenas, e incluso mestizas), son de calidad inferior para los propósitos de la civilización. También de otros grupos de origen colonial, como los negros, mulatos, gauchos. Encontramos textos que expresamente definen ese «criterio» en países como Argentina, Chile y Uruguay, en autores de la talla de Domingo Faustino Sarmiento (que dedica al tema la última de sus obras importantes, *El problema de las razas*), Benjamín Vicuña Mackenna y José Pedro Varela.

Más extraordinario es que incluso en países de denso poblamiento indígena, o afroamericano, encontramos «preocupaciones» similares, como en México o las Antillas, donde se intentarán costosas colonizaciones con inmigrantes italianos o corsos.

El implícito plan es terminar *físicamente* con los remanentes de las poblaciones «inferiores», o por lo menos condenarlas a *reducciones*, al estilo de las *reservas* norteamericanas, y sustituirlas por europeos adelantados. Esto es notorio en los Estados Unidos de la época, pero no puede ignorarse que asimismo se pensó, y se hizo, en países latinos.

Las preocupaciones racistas, las teorizaciones pseudo-científicas sobre la materia estaban por entonces de moda, y las opiniones espontáneas de los contemporáneos sobre el tema son merecedoras de estudio.

En Chile desde Vicente Pérez Rosales, en su citada obra *Recuerdos del pasado*, pasando por Benjamín Vicuña Mackenna, hasta los *técnicos* en materia de colonización<sup>15</sup>.

Entre estos últimos, a finales del siglo, Nicolás Vega dice: «Desde muchos años atrás se ha visto particularmente combatida en nuestro país la inmigración española a virtud de prejuicios poco explicables. Como inmigración exclusiva es claro que sería inferior a la exclusivamente francesa, inglesa o alemana, y superior con mucho a la italiana; pero en concurrencia con las demás razas y nacionalidades europeas que forman y deben formar siempre la corriente de la emigración hacia Chile enriquece la masa emigratoria con elementos excepcionales que faltan o escasean en las otras nacionalidades». Sus conclusiones son geométricamente categóricas: «Insistimos, pues, en sostener que la corriente migratoria europea, destinada al

15. Tratamos el tema en nuestro artículo *Benjamín Vicuña Mackenna y la inmigración europea en Chile*, La Haya, «International Migration», vol. X, n.º 4, 1972, páginas 205-207.

poblamiento de nuestro país debe ser mitad latina y mitad germánica, y escogida en todos los principales países de emigración»<sup>16</sup>.

Las disposiciones legales latinoamericanas de finales del siglo XIX son unánimes — como vimos — en rechazar como inmigrantes a los asiáticos o africanos, aunque no faltan en Perú y Cuba enclaves específicos de chinos traídos como *coolies* al declinar la esclavitud que servía a las plantaciones. El cierre de Europa como manantial de mano de obra calificada para los países trasatlánticos impulsa un avatar digno de reflexiones en el cambio de origen de los trabajadores manuales. Así la Argentina y Brasil que conocieron un primer desarrollo industrial alentado por italianos, españoles, portugueses y franceses, tendrá su segundo gran avance (ahora en la época de la Segunda Guerra Mundial) usando sus mismas poblaciones autóctonas.

Serán «cabecitas negras» (es decir, mestizos del Norte argentino) quienes alentarán el nuevo proletariado industrial en el gran Buenos Aires de la primera época peronista (1943-1955), y São Paulo conocerá una nueva expansión, ahora con *nordestinos* brasileños de tipo *caboclo*, *flagelados* por la sequía del «polígono del hambre».

La violenta urbanización de Lima, Santiago de Chile, Ciudad México, Concepción, Monterrey, hará obreros industriales de indios recientemente aculturalizados en el español.

Es interesante destacar que el prejuicio racial también alienta firmemente en ciertos europeos, y no solamente en los pueblos germánicos<sup>17</sup>.

## VIII

Todo esto se inscribe en un tema sociológicamente más amplio, y que tampoco ha merecido la atención que corresponde, que son los fenómenos de movilidad vertical implicados en el fenómeno migratorio.

Hay, en primer término, el pasaje de poblaciones rurales europeas a la condición de habitantes de ciudades americanas en plena expansión. Labradores, hijos y nietos de labradores de Portugal, España, Italia, Francia

16. Ob. cit., págs. 147 y 154.

17. Hablando de los Estados Unidos de nuestros días, donde a la inmigración europea se la viene sustituyendo con latinoamericanos (*chicanos*, *portoricans* y otros residentes del Caribe), dice el italiano Corrado Gini: «Las clases bajas de USA estarán reclutándose entre razas de color... (esto llevaría) a la decadencia de USA, a un nivel de incalculables consecuencias», pág. 194 en «Revista Mexicana de Sociología», México.



o Alemania, que fundan ciudades, o participan de la expansión pujante de capitales como Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, La Habana, o de centros urbanos del tipo de São Paulo, Rosario, Concepción, Paysandú o Monterrey. Esto supone una movilidad vertical rápida, y explicablemente plena de consecuencias. Grandes masas de europeos abandonan estructuras fuertemente anquilosadas, arcaicas, tradicionales y se incorporan a sociedades en formación, sin tradiciones, con menor control social, y hasta político.

Corrado Gini, siempre dando el punto de vista europeo, ha destacado que «Las naciones de Europa no sólo perdieron, en los inmigrantes elementos particularmente prolíficos y avezados a la fatiga, muchas veces dotados de particular iniciativa, independencia de carácter, sino que, además, se empobrecieron sosteniendo con pura pérdida los gastos de su manutención y educación»<sup>18</sup>.

La transferencia de mano de obra migrante cumplió con las reglas eternas en esa materia, pues en América a los inmigrantes se les confiaron los malos puestos, las tareas desagradables y no prestigiosas. Más tarde, aprendida la lengua local, incorporados los migrantes a la ciudadanía política, adiestrados en nuevas técnicas productivas, y ayudados por hábitos de sobriedad y sacrificio, aparte de una fuerte unidad familiar, los inmigrantes (o sus hijos) tienden a elevarse en la escala social. Al cabo de una generación, encontramos normalmente sus apellidos en niveles ocupacionales superiores, de mucho mayor prestigio que los originales del arribo de sus familiares. Este hecho, a su vez, provoca conflictos, y estimula el nacionalismo de las «viejas familias» fundadoras (a su vez llegadas algunas generaciones antes, en similares condiciones...) En los Estados Unidos ha sido este conflicto teorizado nada menos que por Benjamín Franklyn<sup>19</sup>, y recogido por epígonos menos destacados intelectualmente, pero más extremistas en sus afirmaciones<sup>20</sup>. Su tesis es que si no hubieran entrado en los Estados Unidos los extranjeros la población antigua hubiera crecido más ampliamente, y su prolijidad hubiera compensado la carencia del aporte demográfico de los extranjeros (es decir, 35.000.000 de personas...). «La presencia exagerada de hordas de extranjeros, que traían consigo una ma-

18. Ob. cit., pág. 190.

19. *Observations concerning the increase of mankind and the peopling of countries in works*, Filadelfia, Sparks, 1840, págs. 318-320.

20. Así el general F. A. Walker en *Inmigrations and degradation*, «Forum», volumen II, agosto 1891, págs. 634-644, incluido en *Discussions and statistics*, editado por Davis R. Dewey, Nueva York, Holt, 1899, págs. 638 a 643.

nera de vivir contra la que el pueblo norteamericano se había rebelado» (sic), hizo disminuir el crecimiento natural de la población, etc., etc.

En los Estados Unidos ese movimiento nacionalista xenófobo fue especialmente apreciable en los años 1850/60 y en 1890/1900, pero no faltó por ejemplo en Argentina en los años 1910 y 1919.

## IX

El trasvasamiento de poblaciones a través del Atlántico ha significado asimismo problemas claves para la sociología del conocimiento, y en especial en el capítulo de la ideología.

Las poblaciones rurales europeas migrantes tenían — son palabras de Oscar Handlin — una ideología pesimista. «Tendían a basarse sobre el poder de la fe y de la religión», pues su «mentalidad habíase mantenido inmutablemente fija por siglos», como correspondía a estructuras sociales arcaicas, «ambientes sociales y culturales» al servicio del status quo jerárquico y privilegiado, verdaderos «sistemas políticos totalitarios»<sup>21</sup>.

Este especialista en los temas de la migración destaca como en los Estados Unidos millones de migrantes han sufrido un cambio decisivo de ideología, incorporándose a un complejo de ideas optimistas, dinámico, progresista y de reforma social, como es típico de una «sociedad democrática». No ha sido esto el resultado de una catequesis o propaganda, sino producto mecánico del cambio «de ambiente social y cultural del grupo» migrante.

Posiblemente de ciertos países latinoamericanos, como Uruguay, Chile y Costa Rica, se podrían decir igual o más categóricas aseveraciones, pero en todos se ha cumplido un proceso de cambio de ideología significativo.

La tolerancia racial en Brasil, el desmesurado optimismo vital en Argentina, o Venezuela, la pasión independentista en Cuba, y en todas partes la perspectiva de grandes progresos materiales obtenibles mediante el esfuerzo individual, en un plazo breve, han transformado decisivamente las ideas dominantes de millones y millones de europeos y, en alguna medida, han repercutido en sus mismos países de origen, afectando la religiosidad tradicional, el paternalismo autoritario monárquico, y el prestigio de las instituciones europeas arcaicas.

Gonzalo de Reparaz, en su *Historia de la colonización* (un libro suges-

21. *L'immigrato in America e la diffusione delle ideologie*, págs. 31 a 35, en el volumen *Totalitarismo e cultura. Antologia da «Confluence»*, a cura di G. A. Brioschi, prefazione di Aldo Garosci, Milán, Comunità, 1957.

tivo, que resiste la relectura), enseñaba que desde el alba de la historia ha sido la emigración una válvula de seguridad usada por las oligarquías para desembarazarse de rebeldes o iconoclastas, y hablando de la migración europea a la América Latina habría que destacar cómo, junto a la masa de miserables, engrosaron los rangos de los viajeros centenares de extremistas, en buena parte intelectuales.

América ha tenido, desde su nacimiento, una cierta vocación por el extremismo, y esto lo hemos destacado en otra parte a propósito de las experiencias heterodoxas de la Epoca Colonial, especialmente en las filas de la clerecía<sup>22</sup>.

La heterodoxia, el radicalismo, el extremismo en fin, de los intelectuales europeos ha sido tradicionalmente castigada durante siglos por la expatriación, y una América por parte necesitada de hombres, y por otra, como toda tierra de colonización, abierta a ideas, instituciones y actitudes nuevas, les ha acogido con gran éxito social.

La similitud entre el extremismo europeo y el *establishment* republicano y liberal americano, facilitó (en la mayoría de los países), una asimilación rápida de ese grupo aunque pequeño numéricamente de gran importancia social y cultural.

En la fundación de los centros intelectuales latinoamericanos, en los rangos de sus nuevos partidos (primero liberales, luego radicales y finalmente socialistas), encontramos un porcentaje aparentemente desmesurado de europeos, o hijos de padres europeos, a veces ya conocidos por su primera actuación en sus países de origen.

Organizaciones del tipo de las sociedades secretas revolucionarias del liberalismo, la masonería y otras similares tienen originariamente «logias», «secciones» o «corresponsales» de sus sedes centrales europeas en las capitales latinoamericanas, y lo mismo sucede, con la prensa escrita.

Recién en los últimos años del siglo XIX comienzan ciertos sectores, como los partidos socialistas, a integrarse a nivel local latinoamericano cortando sus lazos institucionales con los centros europeos<sup>23</sup>.

22. *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*, Buenos Aires-Montevideo, Palestra, 1968, cap. I.

23. Hemos considerado el caso de la «sinistra italiana», mejor conocida por *garibaldinismo* para los países de América del Sur con colectividades de lengua italiana en nuestro libro *Garibaldi y el Uruguay*, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1968, pero en el mismo volumen se incluye una amplia *Bibliografía de lengua italiana publicada en América Latina*, págs. III-XII y XLIX-LII, aparte de *Los periódicos italianos en América Latina*, págs. XVIII-XXIV y LIII-LIV, que informan sobre la situación del socialismo, y especialmente del anarquismo que, en la última parte del siglo, adquiere gran difusión en todos los países latinos de ambos lados del Atlántico.

Handlin, considerando los Estados Unidos, destaca que a esos intelectuales, como ahora decimos «de izquierda», y que eran «una minoría en la minoría», tendieron a una suerte de compromiso para mantener su condición destacada en sus respectivas comunidades, y finalmente alentaron a nivel nacional una nueva ideología americana: *la legislación social y la idea de una política asistencial*<sup>24</sup>.

En América Latina es el caso de los partidos radicales finiseculares, como en Chile, Argentina y Uruguay, y más tarde en los partidos populistas o socialdemócratas alentados por la Segunda Internacional.

\* \* \*

Cualquier estudio sistemático y de conjunto sobre este tema debe tener en cuenta que a estos efectos América Latina es una abstracción por que si bien es cierto que no faltan en ningún país latinoamericano inmigrantes europeos, no menos cierto es que su presencia ha sido decisiva solamente en determinados Estados.

Cuando hemos insistido con ejemplos o problemas de Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba y Chile, y podríamos referirnos muy contemporáneamente a Venezuela, justamente aludimos a los países básicos en la materia.

De ahí que la actualidad de los problemas migratorios se debe enfocar considerando para el caso la diversidad de «las Américas Latinas».

Así cuando se dice que la tasa de crecimiento demográfico latinoamericano supera el tres por ciento anual se está haciendo referencia a un promedio aritmético, por cuanto es mucho mayor en determinados países y prácticamente nulo en otros. Son estos últimos justamente los territorios característicos de la inmigración, que desde hace mucho suplen sus necesidades de expansión por la mano de obra inmigrante.

Si lo que llamamos «la bomba aspirante» americana no funciona con el vigor de hace un siglo, no significa necesariamente que las posibilidades de la migración transoceánica estén para siempre clausuradas.

Se debe interpretar más bien como una de las tantas consecuencias de la crisis económica de ciertos países, los del cono sur (Argentina, Uruguay y Chile) que desde hace varias décadas han ingresado en una decadencia que les ha convertido, a su vez, en países proveedores de mano de obra para los Estados Unidos, Australia, Venezuela y hasta Europa, por lo menos en los niveles de profesionales, técnicos calificados, intelectuales, etc.

24. *L'inmigrato in America e la diffusione dell'ideologie*, ob. cit., pág. 37.

En el caso de las ciudades meridionales brasileñas, y en algunos años el Gran Buenos Aires, sus necesidades de mano de obra se han provisto por las poblaciones del *hinterland* de regiones argentinas y brasileñas rurales, alejadas en miles de kilómetros.

Los casos por lo contrario de Canadá y Venezuela en que se conjuga una sostenida tasa de crecimiento del PBN y la carencia de masas de mano de obra local disponibles es la demostración de lo que afirmamos, por cuanto han tenido que recurrir esos países a una sostenida inmigración foránea aún en nuestros días.

En otras palabras la reanudación del movimiento migratorio de los europeos para América Latina podría reanudarse de salvarse los «cuellos de botella» que estrangulan hoy la economía de los países tradicionales de inmigración, y estaría justificado atento al volumen de tierras y alimentos disponibles por habitante en el Nuevo Mundo<sup>25</sup>.

La futurología, la última rama de la Sociología, vista desde los países europeos, o de la propia América Latina, no puede soslayar esa hipótesis.

Buenos Aires/Barcelona, octubre/diciembre 1973.

25. Sobre el problema de la «explosión demográfica» latinoamericana y su relación con los índices de alimentos y tierras cultivables, hemos polemizado con René Dumont en *Les problèmes agraires des Amériques Latines*, París, C. N. R. S., 1965. Véase también nuestro *Sociología de América Latina*, Buenos Aires-Montevideo, Paletstra, 1970, cap. VII.